

¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA?



La pregunta ¿qué es filosofía? es ella misma una pregunta filosófica. El pensamiento de cada filósofo es un modo de plantearla y una perspectiva desde donde responderla. La pregunta por la filosofía ya nos introduce en la filosofía misma.

Es inútil querer responder de antemano esta pregunta, pues ella nos remite a un diálogo con la tradición filosófica. La filosofía se origina en el mundo griego. Con ella se han acuñado las primeras categorías de nuestro pensamiento, categorías que aun hoy siguen presentes de manera decisiva en nuestro lenguaje, es decir, en nuestra forma de hablar y de pensar.

No se trata de una pregunta guiada por un mero interés histórico que busca registrar los datos de su comienzo y su desarrollo. Preguntarse filosóficamente por la filosofía es buscar alcanzar el significado que ella ha tenido originariamente y que aún sigue teniendo.

Por eso, no es útil coleccionar definiciones de filosofía con el fin de encontrar semejanzas y diferencias entre ellas, para concluir elaborando una fórmula que sea común a todas. Procediendo de este modo obtendremos conocimientos acerca de la filosofía pero sin formular nosotros esta pregunta, sino sólo repitiendo lo dicho por otros. Las definiciones pueden constituir un camino en la medida en que a través de ellas lleguemos a pensar nosotros mismos el significado de filosofía que allí se nos transmite.

Etimológicamente, filosofía significa amor a la sabiduría; se refiere a la inquietud que nos lleva a buscar la verdad. Deseamos saber porque reconocemos que no sabemos, porque nos damos cuenta de que las cosas no siempre son como parecen ser o como creemos que son, o como deberían ser. Enfrentamos a esta experiencia es lo que nos inquieta. ¿Cuándo se llama propiamente filosofía este deseo de saber?

1 *La escuela de Atenas*, de Rafael (Roma, Museos Vaticanos). Representación ideal de Platón y Aristóteles (en el centro del cuadro).

2 *Escuela de Platón* (Academia). Mosaico del Museo Nacional de Nápoles.

La filosofía como deseo de sabiduría

Vamos a recurrir a una obra de Platón, *El banquete*, que, como todas ellas, está escrita en forma de diálogo; en ésta el tema de discusión es el amor.

Eros, el amor, es presentado por otros filósofos como un dios bello y bueno. Sócrates, personaje central de los diálogos de Platón, con la agudeza que lo caracteriza, pone en cuestión esta representación habitual del amor. Leamos este fragmento:

- ...¿Eros es el amor de alguna cosa o de nada?...
- De alguna cosa seguramente.
- ... dime si Eros desea la cosa que él ama.
- Sí, ciertamente.
- Pero -replicó Sócrates- ¿es poseedor de la cosa que desea y ama, o no la posee?
- Es probable -replicó Agatón- que no la posea.
- ¿Probable? Mira si no es más bien necesario que al que desea le falte la cosa que desea, o bien que no la desee si no le falta... ¿Y tú qué dices?
- Yo, lo mismo.
- Muy bien, pues, ¿el que es grande deseará ser grande, y el que es fuerte ser fuerte?
- Eso es imposible...
- Porque no se puede carecer de lo que se posee.
- Tienes razón.
- ... Y si alguno me dijese: rico y sano deseo la riqueza y la salud; y por consiguiente deseo lo que poseo nosotros podríamos responderle: "posees riqueza y salud, y si tú desearas poseer estas cosas es para el porvenir. Mira pues, cuando dices "deseo una cosa que tengo al presente" no significa sino "deseo poseer en el porvenir lo que tengo en este momento".
- ... Pues bien -prosiguió Sócrates-, ¿no es esto amar lo que no se está seguro de poseer, aquello que no se posee aún y desear conservar en el porvenir aquello que se posee al presente?

El amor desea la cosa que ama, esto significa que no la posee, ya que nadie desea aquello que ya tiene. Por lo tanto, el amor es amor de alguna cosa, y fundamentalmente de alguna cosa que falta, ya sea porque no se la tiene, o porque no se está seguro de poseerla, o porque se la quiere para el futuro. Amor es, en este contexto, sinónimo de deseo. Sócrates nos hace concluir que Eros no es un dios, porque carece de belleza y de bondad, su importancia radica en que aspira a poseerlas. Por eso es un *daimon*, esto significa, en el mundo griego, un mediador entre los dioses y los hombres, entre la sabiduría y la ignorancia, entre lo mortal y lo inmortal.

Platón se vale de un mito para explicarnos el origen de Eros. Penía, la pobreza, es su madre. Ésta se propuso tener un hijo de Poros, dios de la abundancia. Eros fue concebido el día del nacimiento de Afrodita. De su madre ha recibido por herencia el ser "siempre pobre y lejos de ser bello y delicado como se cree generalmente, es flaco, desaseado, sin calzado y sin domicilio, sin más lecho que la tierra, sin tener con qué cubrirse, durmiendo bajo la luna, junto a las puertas o en las calles, en fin: lo mismo que su madre, está siempre peleando con la miseria. Pero, por otra parte, según el natural de su padre siempre está a la pista de lo que es bello y bueno, es varonil, perseverante, ansioso de saber, aprendiendo con facilidad, filosofando sin cesar, encantador. Por naturaleza no es ni mortal ni inmortal".



¿Sabías que...?

La palabra *filosofía* comenzó a utilizarse sólo a partir de Sócrates y de Platón. En los poemas de Homero, en los escritos de Hesiodo y aun en los primeros filósofos, esta palabra no aparece. Con lo cual podemos comprobar que la actividad de filosofar es anterior a la palabra *filosofía*.



Platón. Museos Capitolinos de Roma.

Por este doble origen, Eros ocupa un lugar intermedio entre la sabiduría y la ignorancia. Y Platón sostiene que esto es lo propio del filósofo, porque desea la sabiduría. Los ignorantes no filosofan porque creen saberlo todo y nadie busca aquello que cree que ya tiene. Los dioses tampoco filosofan porque la sabiduría es propia de la naturaleza divina. Sólo filosofan aquellos que se saben faltos de saber y desean alcanzarlo.

Podemos decir entonces que el deseo es un movimiento en el que lo deseado está presente en quien lo desea bajo la forma de la ausencia. El que desea carece de lo deseado pero a la vez lo tiene presente, porque sabe que le falta; de lo contrario no lo podría desear. El deseo reúne ausencia y presencia, carencia y plenitud, Penía y Poros. Es el impulso que los mantiene juntos, como el movimiento que nos empuja a ir hacia aquello que nos falta, pero que está presente en nosotros como lo que aspiramos a alcanzar.

¿Qué es entonces lo que el filósofo desea alcanzar? Platón nos responde: "La sabiduría es una de las cosas más bellas del mundo y, como Eros ama lo que es bello, es preciso concluir que Eros es amante de la sabiduría, es decir, filósofo, y como tal se halla en un medio entre el sabio y el ignorante".

¿Qué significa la palabra sabiduría?

Esta palabra tiene familiaridad de origen con el verbo *saborear*: es degustar, a diferencia de tragar. Para hablar de lo que sabemos muchas veces decimos: "me tragué todo", y generalmente queremos indicar, memorización mecánica sin tiempo para saber qué es eso que "tragamos". En cambio, cuando algo nos interesa nos damos tiempo, nos detenemos, para poder saber atentamente de qué se trata.

La sabiduría implica esta posición de saber ver las cosas, detenerse en ellas en lugar de pasarlas rápidamente. La sabiduría no es un objeto que alguien posea y nos lo pueda entregar, o que se encuentre escondido en algún lugar. Es un movimiento de construcción del saber desde el deseo que provoca la búsqueda, ya que nos pone ante la conciencia de nuestra carencia. Porque nos damos cuenta de que no sabemos, deseamos saber; porque nos damos cuenta de que lo que creíamos saber no lo sabíamos por nosotros mismos, buscamos saber. Mucho de lo que sabemos lo sabemos por lo que otros nos dicen, o por lo que se dice, o por lo que nos transmiten los medios de comunicación, o lo damos por obvio ya que siempre fue así y por eso nos resulta sumamente claro.

La filosofía como deseo de sabiduría es la actividad a través de la cual conocemos reflexivamente la verdad. Por eso se la define como la búsqueda de la verdad. Ser hombres es estar abiertos a esa búsqueda ineludiblemente. Esto significa que no es una tarea realizada por azar o esporádicamente por unos pocos, sino una actitud fundamental de nosotros mismos. Si no hubiera inquietud, si no fuese una necesidad humana intentar comprender el para qué del mundo, de la vida, de la muerte, del sentido de la historia, el significado del conocimiento humano, no haríamos filosofía, no intentaríamos responder, porque no tendríamos preguntas.

Podemos decir que la novedad de la filosofía consiste en que ella le da primacía al concepto y desarrolla una explicación racional que se diferencia de los relatos míticos, en los que predominan los símbolos. La filosofía da origen de este modo a la búsqueda de una fundamentación de la teoría en sí misma, más allá de las creencias.

Sin embargo nada de esto ocurre en nuestro trabajo, y esto porque su propósito es definitivamente otro.

Podemos en primer lugar, entonces, decir lo que este libro no es y aquello que no pretende. Su lectura no viene a sustituir la lectura de los textos originales de los filósofos ni se propone como obra de consulta que permite obviar el estudio de los muy buenos manuales que ya existen respecto del desarrollo del pensamiento en occidente. En cualquier caso sus páginas pueden pensarse como un complemento y de ninguna manera como una sustitución. Pero esta complementariedad guarda una característica muy especial, y es esto lo que debemos subrayar en segundo lugar: la integración de este escrito con los otros ya existentes supone una jerarquía, ya que este trabajo pretende que las otras exposiciones se ordenen en relación a él. Dicho en palabras diversas: nuestro volumen busca ofrecer el hilo de Ariadna mediante el cual un lector pueda adentrarse sin temor a extraviarse en los vericuetos del laberinto filosófico, y volver a encontrar la salida cuando llegue el momento. Su anhelo último es proporcionar una hoja de ruta, una clave de lectura, un posicionamiento interpretativo que, una vez alcanzado, ya no se pierda, aunque el sendero no haga más que bifurcarse.

En las novelas policiales es frecuente toparse con un cadáver en el suelo de una habitación cerrada. La camisa del muerto, manchada de sangre, deja ver el orificio ocasionado por el arma asesina. La entrada de la habitación no fue forzada, y todas las ventanas han sido cerradas desde dentro. En el cuarto reina el desorden, y ropa y papeles están desparramados por todo el lugar. El hombre ha muerto recientemente, en apariencia asesinado, pero se ignoran todos los otros detalles que volverían a la escena más tranquilizadora: no se sabe quién lo hizo, cuál fue su modo de operar, ni qué causa motivó el homicidio. Cuando un detective asuma el caso tendrá que proceder al interrogatorio de los testigos, a la inquisitoria uno a uno de los sospechosos. En su investigación acumulará pistas e indicios y, a partir de sucesivos careos, se irá formando mental-

mente una imagen del presunto criminal. Finalmente tendrá que mostrarse capaz de cotejar esa idea mental del asesino que llegó a elaborar con alguno de los protagonistas de carne y hueso con los cuales ha departido, y resolver así el enigma encomendado.

Este excursus por la novela policial tiene un justificativo, ya que nosotros proponemos encarar la historia de la filosofía a la manera de una indagación policiaca, como si se tratara del más antiguo de todos los relatos del género, un género por otra parte eminentemente intelectual. Enfrentados a grandes incógnitas, también nosotros nos volveremos detectives, seremos razonadores abstractos capaces de desentrañar el misterio sin contar con delaciones o descuidos cometidos por los propios criminales. Para descifrar el arcano tendremos que seleccionar primero una *clave de interpretación*, así como lo hace el investigador, para saber de antemano cuál es el perfil del asesino que perseguimos. En nuestra indagación este asesino toma la forma de un concepto, de una idea-fuerza, de una estructura, que bien puede ser una noción aislada —digamos el mal o el infinito, por proponer algún ejemplo—, o bien una pluralidad de nociones relacionadas o en oposición —afirmación/negación, unidad/multiplicidad, libertad/necesidad, etc.—. Una vez que disponemos del perfil del asesino, una vez que sabemos a conciencia cuál es la noción o nociones que se rastrearán a lo largo de la historia del pensamiento, recién entonces contamos con una plataforma firme que nos permite *leer* desde allí al resto de los acontecimientos filosóficos. Puede que la clave elegida se muestre pobre, o que no sea adecuada, y ello obligará nuevamente a tomar la lupa y calzarse la gorra para dar con una herramienta más rica y eficaz. El peor de los errores, sin embargo, no consiste en disponer de la clave incorrecta, sino en hacerse a la aventura sin contar con ninguna clave en absoluto.

En las páginas que siguen hemos tomado como eje de la exposición al par verdad — apariencia, e iremos persiguiendo las distintas presentaciones de esta problemática a lo largo del tiempo,